

JUAN LUIS CEBRIÁN

LA REDENCIÓN DE LA LITERATURA

De entre todos los escritores latinoamericanos del bum de los sesenta, Carlos Fuentes es el que mejor encarna las virtudes del intelectual. Quiero decir con esto que mientras, por ejemplo, García Márquez o Cortázar optaron por la narrativa en estado puro, el primero, y por el surrealismo reflexivo el argentino, las obras de Fuentes, sean las de ficción o las de ensayo, están transidas por una preocupación evidente de influir en las opiniones del lector y, a través de ellas, en la opinión pública misma. La concepción de la política y de las relaciones de poder que de ella emanan es una constante en los escritos de Fuentes, tan preocupados por la expresión estética como por la transmisión de un pensamiento definido y firme en sus convicciones, que difícilmente puede ocultarse tras la ambigüedad de la literatura. Esta característica, presente y perdurable en casi toda su obra, alumbra con plenitud en *La región más transparente*, y se derramará después de manera casi torrencial por la actividad literaria de su autor.

Hay escritores de un solo libro, como se podría predicar hasta de Cervantes. En su trayectoria la existencia de una obra epónima y universal arrasa cualquier otro intento creador por meritorio y trascendental que parezca.

Y hay también escritores cuyos libros, por prolífica y excelsa que sea su literatura, son siempre el mismo, como si sucediera en ellos que el arte y la belleza se reproducen en una especie de inacabable partenogénesis universal. Se trata de artefactos literarios contruidos mediante una especie de combinación de fractales, en la que el elemento básico es siempre el mismo y el resultado último siempre diferente. En mi opinión, resulta difícil encasillar a Fuentes en ninguno de esos dos géneros. Aunque para algunos críticos *Cambio de piel* siga constituyendo su mayor y mejor contribución a la historia de nuestras letras, sería injusto e inoportuno juzgarle prioritaria (no digamos ya únicamente) por esa novela, como tampoco podríamos hacerlo por ninguna otra. De modo que el análisis acerca de *La región más transparente*, cuyo primer y enjundioso medio siglo de vida conmemora esta edición, de ninguna manera puede prescindir de una contemplación global de la obra, y aun la vida, de su autor.

No cabe duda de que *La región más transparente* es el pórtico de una nueva etapa en la literatura mexicana, y aun en la de toda América Latina, después de que el ciclo anterior se cerrara con el broche inigualable del *Pedro Páramo*. Como el propio Fuentes contara en una conversación con Juan Cruz, Rulfo había cerrado la tradición de la gran novelística moderna «con un árbol desnudo del cual cuelgan manzanas de oro». Era imposible hacerlo mejor, ni hablar de continuar por un camino tan bien experimentado que cualquier otro intento de recorrerlo solo podría conducir a la depresión o a la melancolía. Frente a quienes piensan que Rulfo encabeza una nueva era de la novela mexicana del siglo XX, de la que se derivaría luego una pléyade de jóvenes entusiastas renovadores, no es difícil defender la tesis de que *Pedro Páramo*, al margen su perfección artística, clau-

sura un ciclo basado en el estereotipo de las temáticas mexicanas, mientras Fuentes, bajo la influencia benefactora de los prosistas norteamericanos (Dos Passos, Faulkner), se zambulle sin miedo en la novela urbana y cosmopolita, que le permite afrontar tanto la narración de los hechos como la reflexión sobre ellos. A partir de ahí, Fuentes se comporta como privilegiado cronista de la historia de su país, en un viaje circular desde el tiempo y por el tiempo, un ir y venir sin descanso que le lleva a analizar desde la conquista (*El espejo enterrado*) al futuro casi inmediato (*La silla del águila*) pasando por todas las peripecias imaginables de la Revolución, la guerra con los Estados Unidos o la fundación de la República. Cualquiera que sea el tema que aborde, cualquiera que sea el género empleado, el gran protagonista es siempre México, su país, su ciudad, su identidad, como si la cosmogonía que a veces intenta con deliberación y esfuerzo (*Terra nostra*) pudiera descubrirse desde el principio de su aurora de escritor, en sus relatos mágicos de *Los días enmascarados*. En su búsqueda permanente de la identidad mexicana, el autor inicia su propia fuga hacia adelante, desde el mestizaje hacia el cosmopolitismo universal, y no perdona ningún recurso, nada que pueda servirle para conseguir su propósito. De modo que se muestra a la vez folclórico, mítico, realista, abstracto, mira al mundo a través del caleidoscopio de su país, hace poesía de la historia y fustiga sin pausa la decepción, el pesimismo y la tristeza que emergen de las revoluciones, de las triunfantes como de las fracasadas, en las que «*se hermanaron todas las promesas, todas las traiciones...*» (p. 431). Es la Revolución, sus ideales y sus miserias, una constante en la narrativa de Fuentes, uno de sus protagonistas permanentes, cualquiera que sea el tema, el tiempo, el lugar y la trama en que se enrede. Todo gira en torno a ella, las

ilusiones y las amarguras de sus personajes, sus reflexiones, a veces filosóficas, a veces cómicas, sus deseos, sus interrogaciones. En el mosaico abigarrado de la ciudad de México que el libro nos describe hay sitio para toda pasión, toda corrupción, todas las penas y alegrías imaginables, y a través de la anécdota, del sarcasmo o la burla, el autor se presenta como un entomólogo social, dispuesto a desnudar ante el teatro del mundo a cualquiera que se le cruce por delante. No hay límites en la experimentación, o sea que este escritor clásico, que utiliza un español cervantino y metódico cuando quiere, mezcla y revuelve todos los modismos y extranjerismos imaginables con infinidad de vocablos indígenas, en un mestizaje absoluto de la lengua. Ese mestizaje, esa mezcla de razas, idiomas, culturas, religiones, identidades, es lo que definitivamente nuclea la perspectiva de su narración.

Enfrentado con los problemas de su identidad mexicana, Fuentes la descubre en la diversidad de lo universal: somos nosotros porque somos, podemos ser distintos porque somos iguales. Esa mezcla de situaciones, paradojas, contradicciones, aun sin la acalorada descripción de la ciudad que habitaba la región más transparente del aire, vuelve a repetirse casi medio siglo más tarde en *La silla del águila*, en donde Carlos Fuentes, cual Maquiavelo contemporáneo, acomete en una especie de cruzada sarcástica su personal investigación sobre el poder, «una terrible suma de deseos y represiones, de ofensas y defensas». Como el autor de *El príncipe*, se interroga sobre la soberanía, cuántas especies de ella hay, y de qué manera se adquiere, se conserva o se pierde. Pese a que la técnica narrativa es aparentemente distinta a la del *Manhattan Transfer* a la mexicana con que nos regalara hace ahora cincuenta años (en este caso se trata de un complicado entrecruzamiento de

cartas), el resultado es el mismo. En ambos libros la farsa, el esperpento, la ironía, el humor, la reflexión, la historia, el análisis, la guasa, el sexo, el amor, todo ello se ve mezclado, entrelazado, enrevesado, en unos textos que al final nos hablan solo de dinero y de poder. Si en *La región más transparente* todavía opta por atrincherarse en las lindes de la sociología a la hora de criticar la burguesía mexicana, en *La silla del águila* se adentra sin remilgos en el análisis del poder político en estado puro, de su persecución y su miseria, del destino de las gentes que están dispuestas a morir y a matar por él.

No hay libro de Fuentes, por lo demás, que no buce en la historia a la hora de recrear el presente e imaginar el futuro. Quizás como ningún escritor hispano de su época, ha sabido combinar la profundidad de la reflexión con las irrefutables categorías que se complace en describir: «la *realpolitik* —dice un personaje de *La silla del águila*— es el culo por el que se expele lo que se come». En *La región más transparente* invitaba al lector a despeñarse por la cicatriz lunar de su ciudad. «En México no hay tragedia —dice Ixca Cienfuegos apenas abrimos el portón de la novela—: *todo se vuelve afrenta*» (p. 19). Casi cincuenta años después, las cosas han ido a peor. La afrenta se ha convertido en una lucha descarnada por el poder. Entre ambos libros, Fuentes tuvo que hacer un largo recorrido de meditaciones y recuerdos, descendió «a los pozos del olvido —en palabras de Antonio Tovar—, y como una rara noria vuelca los cangilones de la memoria». En ese periplo existencial, tan intenso como la misma actividad viajera del escritor, siempre hay alguien que se refugia en la soledad del artista, lugar privilegiado para la blasfemia. Ixca Cienfuegos es todavía un escéptico, o un inconformista, ante el águila sin alas de su ciudad («Aquí nos tocó. Qué le vamos a hacer», p. 539). En

Cambio de piel, sin embargo, la prosa exuberante con la que el escritor describe una realidad henchida de despojos nos conduce al mito y a la expiación. Y es que hay cuando menos dos almas complementarias y contradictorias a un tiempo en la obra de Fuentes. La del intelectual europeo, racionalista y sobrio, heredero de lo mejor de la Ilustración, se mezcla con el magma volcánico de las culturas y tradiciones indígenas, capaces de absorber hasta el misterio de la Santísima Trinidad. En medio de ese revoltijo entre abstracción y magia, emerge la fascinación del lector, sacudido por un terremoto de palabras, ideas, meditaciones y burlas que es imposible de controlar. Nérida Piñón supo definirlo mejor que nadie: «Aunque riguroso con el logos, confía en el pensamiento mágico y *distorsionado*, en las estructuras anímicas, para mejor narrar la epopeya americana».

Por culpa de todo ello Fuentes es desde luego mucho más que un escritor costumbrista. Quizás tomó como iniciales modelos a Balzac o Galdós a la hora de describir la sociedad de su tiempo o la memoria de su país, pero su juego artístico le ha llevado mucho más lejos en su aventura de escritor. Decía antes que, de toda la generación de los sesenta, es el latinoamericano que más se acerca a la imagen de «intelectual». Tomás Eloy Martínez le definió con acierto como la conciencia de América Latina. En cualquier caso se trata del que mejor ha sabido combinar la creación literaria con la reflexión política e histórica, especialmente en lo que respecta a la comprensión de la identidad iberoamericana. Es por eso el más genuino representante de la literatura de las dos orillas del Atlántico.

Durante siglos ha perdurado un enfrentamiento ficticio, azuzado por el populismo demagógico de dirigentes políticos, tiburones empresariales y escribidores oportunistas, entre las identidades hispanas fragmentadas por

la mar oceana. A ello contribuyó también la arrogancia empobrecida y estúpida de los españoles, capaces de perder a un tiempo la honra y los barcos, impotentes durante el siglo XIX nuestros más esclarecidos liberales frente a la agresión conjunta del integrismo religioso y el absolutismo político. Pese a ello, la tozudez de los hechos se impuso a la retórica de los aprovechados: el flujo migratorio de España hacia América se multiplicó con creces después de la independencia de las colonias y los nuevos españoles contribuyeron, junto con los criollos emancipados, al desarrollo de las naciones emergentes. Lo mismo haría más tarde el exilio español republicano, antes de que la instauración de las democracias a uno y otro lado del Atlántico completara un ciclo de desencuentros, siempre dispuesto a multiplicarse por la conspiración de los mediocres. Nadie ha sabido explicar mejor este proceso que Carlos Fuentes. Tuvo el coraje, en su día, de rescatar para la Historia de su país la figura de Hernán Cortés, frente a una cultura oficial pazguata y demagógica que buscaba el enfrentamiento como fórmula de supervivencia. Desde el ensayo, como desde la ficción, su obra es testimonio y acicate de nuestra experiencia colectiva, nuestra cultura común, nuestro propósito común, nuestro destino, nuestra rabia, nuestra ilusión y nuestra decepción comunes. Y simboliza, casi como ninguna otra, la vigencia y el futuro de nuestra lengua común: el Territorio de La Mancha.

La literatura en español de nuestros días es como la divinidad católica: una y trina. Una de las patas del sitial está sostenida, con todo merecimiento, por la figura señera de Carlos Fuentes. Si atendemos a su condición de pensador, de analista político, de intérprete de la realidad, y no solo tenemos en cuenta su vigoroso perfil como narrador, quedaremos deslumbrados por su figura de intelectual, capaz

de reemplazar al Espíritu Santo de la trinidad de las letras por el Espíritu Crítico de nuestra comunidad política iberoamericana. En *Los cinco soles de México*, el cura trabucaire Anselmo Quintana le explica la situación al capitán Bustos, llegado del sur para afiliarse a las partidas revolucionarias de Veracruz: «Vienes de muy lejos y este continente es muy grande. Pero tenemos dos cosas en común. Nos entendemos hablando en español. Y, nos guste o no nos guste, llevamos tres siglos de cultura católica cristiana, marcada por los símbolos, los valores, las necesidades, los crímenes y los sueños de la cristiandad en América». No se puede describir mejor la paradoja de las relaciones entre nuestros pueblos, tan distintos y tan similares, tan sometidos a tantas tiranías y tan decepcionados por tantas revoluciones.

Es en la literatura donde encontraremos remedio y consuelo para todo ello. «Una novela —proclamaba Fuentes en unas jornadas literarias de Santillana del Mar, en el año 2007—, situada en el albor del día, nos dice que el pasado está vivo en la memoria y el futuro está presente en el deseo». *La región más transparente*, el primer libro de gran éxito que este formidable escritor regalara a sus lectores, constituía el anuncio de una saga interminable de memorias y olvidos, de deseos y frustraciones con los que durante más de medio siglo Carlos Fuentes habría de construir uno de los monumentos más gigantescos y bellos de la literatura hispánica de todos los tiempos. Su obra es una pugna continua contra la sombra de toda dictadura: la de la razón y la de la fe. Heterodoxo hasta la iconoclastia, como todo intelectual que se precie, sus palabras fusilan los símbolos de la iniquidad del hombre, la injusticia y la mentira. Es una manera de incitarnos a recrear una modernidad incluyente, abrazadora de razas, culturas y aspiraciones diversas. Sin necesidad de dispararle a nadie.